

## Robert Grey

Eran las 4:30 pm., el señor Grey se encontraba en la cocina preparándose un café como de costumbre, usualmente se lo preparaba la criada, pero ella estaba en la segunda planta, ayudando a la señora Grey a redecorar su habitación.

- Quiero cambiar estas viejas cortinas blancas por estas vino tinto que compré ayer. Las otras ya que vayan a la basura. –dijo la señora Grey.

La criada, vacilando, comentó:

- Señora... si no le molesta puedo quedarme con las viejas. Hace solo dos meses que las compré –se dijo mentalmente.
- Ah, sí claro Margaret. No hay problema.

Margaret tomó las cortinas y comenzó a doblarlas.

- Bueno, luego terminas de guardarlas. Mejor terminemos lo que estamos haciendo. Yo creo que esta lámpara la puedes mover a aquella mesita que está en ese rincón. Podemos poner allí mismo una pequeña alfombra azul y pintar esas paredes de negro ¿no te parece?

Y antes de que la criada pudiera responder, la señora Grey dijo:

- Sí, sí, es perfecto, hagamos eso.

Mientras tanto, en la cocina que se encontraba en la primera planta, seguía el señor Grey terminando de servirse una taza de café. Era un domingo silencioso y aburrido. Incluso los animalitos afuera parecían tristes.

- ¡Odio los domingos! –exclamó Robert para sí mismo mientras caminaba para sentarse frente a su ventana favorita que quedaba cerca a la chimenea.

La ventana de las visiones, así le llamaba la señora Grey, pues siempre que Robert se sentaba en este lugar a observar a través de la ventana, veía millones de imágenes y a veces pensaba en voz alta lo que veía. También se le podría llamar “la ventana de la inspiración”. De ella surgían las ideas de Robert para escribir. A veces la señora Grey se sentía celosa de no ser ella su musa, seguramente no lo era porque hablaba mucho y Robert prefería a su musa silenciosa.

Se sentó a tomarse tranquila y lentamente su café mientras observaba a través de la ventana y escuchaba el viento soplar y jugar con los árboles. Algunas ardillas ya sabían cuando el señor Grey se sentaba y lo miraban desde afuera como saludándolo. Robert les devolvía el saludo mentalmente, seguro de que lo escuchaban.

- Ya estás en tu ventana Robert... -dijo de repente la señora Grey. Ya hemos terminado por hoy, mañana seguiremos. Así que te acompañaré a observar la ventana de las visiones. Tal vez yo también consiga algunas visiones que me inspiren para continuar con la decoración de mañana.

Robert solo sonrió y la miró con ternura.

- Pero primero traeré mi taza de café. –añadió la señora Grey.

Pasaron seis minutos observando en silencio hasta que la señora Grey empezó a sentir la necesidad de hablar. Giraba un poco la cabeza para mirar a Robert a cada instante, pensando en decirle algo.

- No puedo Robert. No puedo ver nada. –dijo finalmente.

Robert esperó unos segundos antes de decir:

- Si no logras estar en silencio y calma, no vas a poder ver nada. Y no quiero que me interrumpas de nuevo.

La señora Grey no respondió y trató de hacer lo que su amado esposo le aconsejó.

Los señores Grey no tenían hijos. Robert ocupaba la mayor parte del tiempo en sus libros y en sus asuntos. Era un escritor ampliamente reconocido. Hacía parte de la clase alta e influyente de su país. A pesar de que la señora Grey sí deseaba tener hijos, era feliz con Robert. Podía vivir como siempre había querido: con grandes comodidades y lujos. Y podía conocer gente importante. Además, Robert siempre había sido un hombre muy comprometido con su esposa, era un hombre muy responsable. Vivían solos con Margaret en una gran casa de dos plantas de estilo palladiano. Se encontraba en medio de un gran jardín, con una considerable cantidad de árboles y animales, especialmente ardillas.

Al día siguiente, la señora Grey se encontraba otra vez en la habitación que estaba redecorando junto a Margaret.

- No sé si te diste cuenta, pero ayer estuve sentada con Robert viendo la ventana por largo rato sin decir una sola palabra. Pero no vi nada. Aunque le dije a Robert que sí, que había logrado ver algo que me había inspirado.
- Y ¿qué dijo el señor? –preguntó Margaret.
- Se alegró porque pensó que ya tenía una compañera para sentarse a observar a través de la ventana mientras tomaba café. De todas maneras, lo seguiré acompañando.

La criada sonrió sin decir nada.

- ¡Por Dios Margaret! –exclamó la señora Grey. ¡Deja de distraerme! Creo que este cuadro hay que cambiarlo de lugar.

Margaret se rió.

Por la ventana de nuevas cortinas vino tinto se podía ver a Robert sentado en una banca bajo un árbol conversando con un viejo amigo, mientras tomaban un poco de vino.

- A mi esposa le encantó tu última obra Robert. –dijo su amigo Phillips. Está ansiosa por leer tu próxima novela.
- Me complace mucho saber eso querido Phillips. No la decepcionaré. –respondió Robert.

Chocaron las copas y bebieron hasta el fondo.

Después de mucho rato de hablar y reír, Robert se dio cuenta que ya casi eran las cinco de la tarde. Así que se disculpó con su amigo y se despidió, tenía algo urgente que hacer. De prisa se dirigió a la cocina y encontró que su café ya estaba preparado. Se sirvió una taza y se fue a su lugar de silencio. Vio que su esposa estaba sentada esperándolo con su taza de café. Robert le agradeció con una sonrisa y se sentó.

El tiempo transcurrió velozmente. Los señores Grey repetían casi a diario su acción de hacer nada frente a la ventana, aparte de tomar café y fumar. Margaret sentía mucha curiosidad y quería sentarse junto a ellos, pero le daba vergüenza preguntarles si podía hacerlo.

Llegó un tiempo donde la señora Grey ya no lo acompañaba en su ritual. Robert continuó haciéndolo solo como antes, pero ya no sentía lo mismo. La muerte de la señora Grey en aquel accidente lo dejó muy triste. Así que decidió despedir a Margaret, no sin antes darle suficiente dinero para que consiguiera una casa y para que invirtiera en algún negocio. La apreciaba bastante. Margaret no deseaba dejarlo solo en esa casa tan grande y en ese estado. Temía que se fuera a hacer daño. Pero Robert la convenció de que eso no pasaría, que estuviera tranquila. Solamente quería estar solo. Continuaba realizando su ritual de las 5 pm, esperando ver a su amada asomarse por aquella ventana. No lograba ver nada. Por lo que decidió dejar de hacerlo por un tiempo. En cambio, salía a caminar por el jardín largas horas. Las ardillas sentían su tristeza, algunas se acercaban y le ofrecían nueces para animarlo. Cualquiera lo compararía con alguna princesa de un cuento de hadas.

Un día decidió volver a su antiguo ritual. A las 5 pm del sábado 19 de marzo de 1873, Robert ya estaba sentado frente a la ventana vidiente con su café y un cigarrillo. A las 6:15 pm regresaron, por fin, las imágenes, transformando el espacio exterior. Se vio a sí mismo con 4 años. Se vio crecer. Se vio el día en que conoció a su amada. Vio todos sus éxitos y fracasos. Sus risas y llantos. Cuando volvió al tiempo real, vio a su esposa sentada a su lado como antes. Ambos sonrieron y salieron de la casa caminando cogidos de la mano hasta sentarse a observar la ventana de las visiones, ahora desde afuera. Y ahí permanecen hasta el día de hoy.

FIN

Andrés Daniel